



Fundido en blanco

LUIS MARTÍNEZ FALERO

Huelva, Diputación Provincial, 2011, 91 pp.

reseña de Alberto Maffini

El poemario *Fundido en blanco*, del poeta nativo de Albacete Luis Martínez Falero, ganador del XXXI Premio Hispanoamericano de Poesía Juan Ramón Jiménez, está estructurado según un esquema circular, donde el apartado inicial y el conclusivo, que retoman el mismo título de la colección, abren y cierran una parábola existencial y poética fascinante. En medio de juegos de luz y de sombra, que pueden llegar a la ceguera por su intensidad en más de una ocasión, gran importancia adquieren los temas de la memoria y del olvido, del amor y de la muerte, analizados con una expresividad poética precisa y acertada. No sorprende la atribución del premio, pues todo el poemario parece recordar, en el afán de la construcción de una realidad alternativa, al mismo tiempo esencial y universal, que sólo la palabra poética puede descifrar para presentarla al lector / acólito de esta peculiar religión mistérica, la labor del maestro Juan Ramón Jiménez.

Cada capítulo tiene su propio núcleo temático bien reconocible: el primer apartado, titulado *Fundido en blanco*, parece apuntar al alba, al momento en que el cuerpo, despertándose en una luz todavía incierta y espesa, como leche tibia derramada del seno de la noche, intenta retomar su identidad, investigando el origen de su ser, sin hallar otra cosa que el silencio del no ser.

Ya en el poema que abre el libro podemos leer este continuo desliz: «Fluir en esta luz para ocultar la sombra, / qué oscuro el horizonte de los días». De esta manera, la primera frontera y la última, el nacimiento y la muerte, se encuentran acomodadas como zonas oscuras de lo desconocido, frente al cual el sujeto lucha con la única arma que tiene a su disposición: la palabra, que sola puede cortar espacios de sentido, instantes de claridad en el maremágnum de la indeterminación.

La segunda sección, *Imágenes*, es el resultado de este ejercicio de la palabra: lugares y momentos, retenidos en el filtro de la memoria, se ofrecen depurados en la página blanca. A pesar de venir de muy lejos, de la sombra, de la nada, la palabra inexplicablemente existe, y crea la individualidad, separa, define. Es un mundo del que sólo permanecen ruinas, destinado a la derrota –«hay restos de metralla de alguna tarde inútil / antes del abandono» (p. 32)– pero que merece ser cantado y recordado, de manera que, cuando termine el día, puedan recogerse estos fragmentos, y puedan finalmente fundirse en uno, victoria efímera de lo absoluto frente a lo indeterminado: «Solo tú has comprendido el lenguaje del tiempo / y lees en las cenizas su palabra» (p. 48). De ahí que parece aflorar la secreta esperanza de un destinatario, de alguien que sepa recoger es-

tos trozos y darles un sentido, rescatándolos del olvido y comprendiendo que la memoria es una falsa amiga, que con la corrupción del recuerdo nos aleja de la enunciación original y nos confina en una red de mentiras.

Espiral del olvido se dirige a quien, más allá de la cortina de la muerte, sigue interrogando al poeta con su presencia. Es el testimonio de una imposibilidad, de la extraña relación que se produce entre el mundo de los vivos y de los muertos, entre realidad y olvido, donde amor y muerte, las únicas experiencias vitales totales y compartidas, aún pueden unir a los amantes, mientras que las circunstancias y los recuerdos sólo contribuyen a su separación. Después del cénit en que se produce el reconocimiento de su profunda unidad, en tanto que los dos afirman «ya somos uno» (p. 58), poco a poco la certidumbre de la realidad de esta unión se disuelve, sustituida por una general impresión de desconfianza. En la muerte el nombre de la amada ha perdido su valor, mientras que ella se ha entregado a otra totalidad, a la nada, aprendiendo otro lengua-

je, el del silencio –«La verdad del enigma es tu silencio» (p. 72)–, en que no tiene sentido expresarse, pues anula toda diferencia, toda impresión de unicidad.

Se vuelve así nuevamente a la dimensión de *Fundido en blanco*, esta vez con una serie de reflexiones en torno a la escritura poética y a sus motivaciones. Domina la metáfora de la hoja en blanco, en la que se pone de manifiesto la inutilidad de la escritura, simbolizada por su opacidad. Ya no se pretende comunicar nada, ni se intenta reconocer una superioridad cualquiera a la actividad de la escritura. Vamos con cada verso trazando un camino lento, que nos conduce al lugar donde empezamos nuestro viaje: el silencio, el vacío, la noche.

Fundido en blanco es, sin lugar a dudas, una de las muestras más relevantes de cómo la obra del maestro de Moguer sigue viva y fecunda, aún a distancia de tantos años, enredando al lector en una experiencia poética y al mismo tiempo mística, que pone al centro de sus reflexiones la palabra y su inefable poder.